

del Norte y del Sur se hicieron en nombre de mitos que parecían certidumbres. La historia de la frustrada decepción que seguía a cada expedición es la de la fundación del imperio español.

## La invención confirmada

El imaginario colectivo occidental transportó a territorio americano ciudades y proezas de los libros de caballería, catálogos de zoología fantástica y de botánica aplicada, olvidadas leyendas y tradiciones. Durante los años que siguen al descubrimiento, la atención de cronistas y acompañantes de conquistadores se concentró en la «verificación» de esos mitos y en su adaptación americana. El «a priori» del Nuevo Mundo, tal como había sido predicho inventivamente, impregnó la descripción de la realidad desvelada. La fantasía del viaje imaginario de Sir John Mandeville, publicado alrededor de 1355, las «maravillas» de los viajes de Marco Polo, las fantasías de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, parecen comprobarse en el Nuevo Mundo.

Bernal Díaz del Castillo, al llegar con Hernán Cortés a Tenochtitlán y descubrir los blancos edificios de la capital del imperio azteca levantados en el medio de una florida laguna, creyó «ver las maravillas de Amadís de Gaula». Gonzalo Fernández de Oviedo afirmó que las Antillas en que desembarcó Colón eran las islas Hespérides que la antigüedad clásica situaba en el límite occidental de la tierra a cuarenta días de navegación de las islas Gorgonas (islas de Cabo Verde) y en las cuales estaría preservada la Edad de Oro paradisíaca.

El providencialismo explicó y fundó el descubrimiento de América. El propio Fray Bartolomé de las Casas llegó a decir que «suele la divina providencia ordenar que se pongan nombres y sobrenombres a las personas que señala para servir conforme a los oficios que les determina cometer, según asaz parece por muchas partes de la Sagrada Escritura, y el filósofo en el IV de la Metafísica, dice «que los hombres deben convenir con las propiedades y oficios de la cosa». Llamóse, pues, por nombre Cristóbal, que quiere decir traedor o llevador de Cristo, y tuvo por sobrenombre Colón, que quiere decir poblador de nuevo»<sup>8</sup>. Aristóteles y la Biblia explican así cómo Colón, por tener el nombre y apellido que tenía, estaba «determinado a cometer» el descubrimiento de América en nombre del cristianismo, según la visión mesiánica de su biógrafo.

Por su parte, el padre Acosta, en la obra *De Natura Novi Orbis* —que Alejandro Humboldt reconociera como la base de la moderna geografía americana— explicó el origen de las migraciones humanas hacia el Nuevo Mundo y la diversidad de la flora y de la fauna del continente a partir del Arca de Noé del *Génesis*. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero lo importante es señalar a través de los elegidos cómo se realizó un esfuerzo consciente por «explicar» el Nuevo Mundo a través de las categorías

---

<sup>8</sup> *Historia de las Indias*, por FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, capítulo sobre Cristóbal Colón reproducido en *América y el Nuevo Mundo*, antología preparada por R. Díaz Alejo y Joaquín Gil (Joaquín Gil, editor, pág. 83, Buenos Aires, 1942).

conocidas y hacerlo inteligible a los demás sin transgredir los principios de la invención que lo precedió.

«Los españoles —ha explicado Claude Levy Strauss— no tratan de adquirir nuevas nociones en América, sino más bien verificar antiguas leyendas: las profecías del Antiguo Testamento, los mitos greco-latinos, como la Atlántida y las Amazonas, las leyendas medievales, como el imperio del Padre Juan y la Fuente de Juvencia»<sup>9</sup>. Este esfuerzo de adecuación de la realidad a un «imaginario» que la precede da como resultado una «visión» de América que se transmite y se repite en los años que siguen a su descubrimiento y conquista. Muchos de esos caracteres, algunos ambivalentes y contradictorios, superviven en las «ideas» sucesivas de América y son manifiestos en la representación, cuando no el estereotipo, de lo que se entiende en la actualidad por «identidad» americana. Lugares comunes del «deber ser» que repiten no sólo los europeos desde visiones lejanas y esquemáticas, sino los propios hispanoamericanos en la idea que se forjan sobre su «destino manifiesto» o el derecho legítimo a reivindicar «una utopía americana».

«América no era otra cosa que el ideal de Europa. En el Nuevo Mundo sólo quería ver lo que había deseado que fuera Europa», ha escrito Leopoldo Zea<sup>10</sup>. En ese territorio virgen y sin historia, aunque civilizaciones milenarias probaran ostensiblemente lo contrario, se podría rehacer el mundo occidental. El futuro americano se tiñó desde su incorporación a la historia universal con las nostalgias del pasado europeo. Nostalgias que no eran otra cosa que «la disposición de espíritu que reencuentra por vías mentales los sentimientos y los estados de alma ya conocidos», es decir, lo vivido en el imaginario colectivo europeo<sup>11</sup>.

En cierto modo, como ha sostenido Jean Servien, Occidente no habría emprendido el descubrimiento de un Nuevo Mundo, sino «un retorno a sus orígenes más allá de las aguas primordiales del océano». La Edad de Oro y el Paraíso terrestre que creyeron encontrar, no hicieron más que exorcizar la verdadera realidad. Gracias a la intensidad de esa evocación nostálgica, América pudo aparecerse como la suma de las perfecciones, como una auténtica Tierra de Promisión.

Por la simple «terapia de la lejanía» que facilitaba la ruptura de cruzar el océano Atlántico, el pasado volvía a ser posible en el futuro, repetición cíclica de un tiempo perdido que emprenden gozosos pioneros y emigrantes. «No hay lugar en la tierra que pueda ser tan feliz como América. Su posición la aleja de todas las querellas del mundo. América no tiene más que comenzar con los unos y con los otros», afirmó Thomas Paine<sup>12</sup> desde la perspectiva del «aislacionismo» americano, principio de «insularidad» que será una de las garantías de la utopía.

En nombre de la «invención» de América, participando del espíritu de lo que Ernst Bloch ha llamado «las utopías geográficas», sueños sociales colectivos europeos

---

<sup>9</sup> Citado por Marianne Mahn Lot en *ob. cit.*, pág. 90.

<sup>10</sup> ZEA, *ob. cit.*

<sup>11</sup> «Utopie: cocagne et âge d'or», por ALEXANDRE CIUDRANESCU en revue *Diogene*, núm. 75, págs. 86-124, 1971.

<sup>12</sup> Citado por Daniel J. Boorstin en *The exploring spirit: America, the World, then, now* (Random House, Nueva York, 1976).

tomaron consistencia en el Nuevo Mundo y se organizaron en conjuntos coherentes de ideas-imágenes, muchas veces contradictorias entre sí: la Cruz que revive el Paraíso terrestre se ve confrontada a la Espada que busca El Dorado; el ocio y la abundancia de Jauja al severo principio bíblico de «ganarás el pan con el sudor de tu frente» en el que creían los constructores de la Nueva Jerusalén en tierra americana:

### «Un nuevo vivero de imágenes»

Lo que importa subrayar es que América, a partir de su descubrimiento, se convierte en «un nuevo vivero de imágenes», utilizando la feliz metáfora de José Lezama Lima. «Desde su incorporación a la historia occidental, el Nuevo Mundo entrelaza íntimamente el mito clásico y la nueva utopía»<sup>13</sup>. Porque, si bien «no se puede entender América si se olvida que somos un capítulo de la historia de las utopías europeas», como ha escrito Octavio Paz, estudiar la utopía supone, además, estudiar una forma de permanencia de antiguos mitos. Son justamente los mitos europeos transplantados a América los que permiten el nacimiento de la utopía renacentista. Los relatos y crónicas que llegan a la convulsionada Europa de la época, aun aquellos que no eran más que la trasposición de los prodigios de leyendas de la antigüedad clásica o de los libros de caballería, influyeron directamente en los autores de lo que fue un nuevo género —el utópico— a partir de la publicación de *Utopía* en 1516. El propio Moro recibió la influencia del *De Orbe Novo*, de Pedro Mártir, publicado en 1511 y de las cartas de Américo Vespucci reunidas en el *Quattuor Navigationes* que circularon en Europa esos mismos años.

El género utópico se difunde al mismo tiempo que la conquista de América se acelera. Uno y otro se acompañan en un progresivo movimiento pendular entre teoría-imaginativa y práctica de la conquista y de la colonización, entre geométricas conceptualizaciones de múltiples países de «ninguna parte», «nuevas Atlántidas», «Oceanías», «ciudades del sol» que se editan mientras se multiplican las expediciones a los rincones más aislados del continente, muchas veces tras las huellas de un mito o una leyenda. Mito y utopía superviven en experiencias paralelas, tangenciales o superpuestas, y pueden reconocerse en diversos momentos de la historia del siglo XVI.

Pero aunque los textos de la antigüedad clásica, medieval y religiosa siguen estando en el origen de muchos descubrimientos, va siendo cada vez más evidente que la nueva discusión entablada gira alrededor de cómo organizar y administrar el Nuevo Mundo. La *Utopía* que es, antes que nada, una formulación teórica y orgánica de una sociedad ideal al modo como lo había sido *La República* de Platón, sustituye poco a poco los mundos «dados» imaginativamente «a priori». El mundo alternativo, la otra

---

<sup>13</sup> En América, en los primeros años de la conquista —recuerda José Lezama Lima—, «la imaginación no fue “la loca de la casa”, sino un principio de agrupamiento, de reconocimiento y de legítima diferenciación». El cronista de Indias lleva la novela de caballería al paisaje. Flora y fauna son objeto de reconocimiento en relación con los viejos bestiarios, fabularios y libros sobre las plantas mágicas. La imaginación va estableciendo las semejanzas. (*La expresión americana*, por J. LEZAMA LIMA, Ed. Universitaria, Chile, 1969).

realidad, hay que construirla con esfuerzo a partir de un proyecto utópico. El mito clásico y la escatología cristiana que suponían «otro mundo» que ya existiría en «alguna» parte y al que únicamente habría que acceder por la «revelación» de su existencia, ceden al proyecto utópico. «Se trata del hombre que juega a ser Dios, no del hombre que sueña con un mundo divino»<sup>14</sup>, ha resumido Ruyer. No sería exagerado decir que gracias al descubrimiento de América, el hombre occidental desarrolla su condición demiúrgica.

Desde este punto de vista, el sentido de la búsqueda original del Paraíso terrestre cambió radicalmente de contenido, aunque la intención siguiera siendo la misma. Ya no se trató de recuperar los restos de una Edad de Oro preservada por milagro en algún rincón americano. Con la utopía se apuesta al futuro a partir de un territorio nuevo, pleno de posibilidades. Se trata de organizar una sociedad ideal con seres humanos reales, de recoger el desafío práctico de oponer a la conquista puramente militar y al dominio indiscriminado del nativo, una sociedad alternativa justa e igualitaria, lejos de la corrompida Europa.

De allí el gran interés que provoca el descubrimiento de América. En lugar de terminar el proceso de búsqueda del Edén, la verdadera empresa de instauración de la utopía recién comienza. «El hombre con su mano puede crear una segunda naturaleza», afirma Fray Luis de Granada. La utopía transfiere al hombre el deber y la responsabilidad de transformar el mundo, privilegio de los dioses en el pasado. El hombre puede hacer todo, prever y, sobre todo, organizar la nueva realidad. El proyecto utópico será esencialmente organizativo. Establecerá sus propios fines con sus propios medios.

Si los textos de la antigüedad habían sido el motor del descubrimiento de América al indicar la dirección correcta de la invención proyectada, los textos del Renacimiento inspirados por la conquista servirán para organizar el nuevo territorio. La desacralización del Paraíso terrestre implícito en la obra que el ser humano emprende en tierra americana no supone, sin embargo, que su esencia varíe sustancialmente. Si Campanella escribe en su *Città del Sole* que «Presentamos nuestra República no como dada por Dios, sino como un hallazgo de la filosofía y la razón humana», ese «hallazgo» finalmente participa de muchas de las condiciones de la «Civitas Dei» clásica.

De este modo, las experiencias prácticas de la utopía social cristiana en América, especialmente la de los franciscanos, la de Bartolomé de las Casas, la de Vasco de Quiroga y la de los jesuitas, participan de esa doble condición terrestre y celestial en el proyecto elaborado de una sociedad ideal con «seres sin maldades ni dobleces», como definiera a los indios el padre De las Casas. El espíritu del cristianismo primitivo ha sido reencontrado y una renovación de la Iglesia Romana puede ser concebida a partir de América. Los misioneros de las órdenes mendicantes reformadas, sobre las cuales había adquirido ascendiente Erasmo, no sólo procurarían la evangelización de los indios, sino que buscarían instaurar durante el transcurso del siglo XVI una sociedad modelo donde «objetivar» el ideal de la utopía.

El siglo XVI prolonga la «invención» de América con su «carga utópica» como

---

<sup>14</sup> *L'utopie et les utopies*, por RAYMOND RUYER (PUF, pag. 9, París, 1950).

afirma Maravall<sup>15</sup>. El Nuevo Mundo puede ser todavía el escenario donde se formulan imaginativamente teorías «heterodoxas» sobre posibles sociedades alternativas y autárquicas. Sin embargo, pronto se percibe que América no puede ser una esperanzada «contra-imagen» de Europa sin atentar a la esencial unidad del Imperio español. Las ideas centralizadoras y absolutistas reclaman la erradicación de lo «diferente», por tanto de la invención. Los mitos, leyendas y utopías que habían ayudado a formar esa primera «idea» de América como «summa» del deber ser europeo, deben retroceder ante funcionarios y administradores de la Corona en los siglos XVII y XVIII. Esas utopías cristiano-sociales se abandonan frente a la contra-reforma y el dictado de la Santa Inquisición.

Retroceso de la invención, pero no destierro definitivo. El proyecto imaginario de América reapareció en otros momentos de la historia. Los viejos mitos combinados con nuevas utopías resurgen con nombres diferentes en el momento de la Independencia de los albores del siglo XIX, en el de la consolidación de los estados nacionales, y se prolongó subterráneamente en las imágenes contemporáneas con que ese mismo «deber ser» ha sido reelaborado. Sin lugar a dudas, el estudio de esta función utópica en relación a la historia del continente es «una de las tareas más valiosas a las cuales habría que entregarse el hombre americano»<sup>16</sup>, tal como puede proponerse sin riesgo de exageración<sup>17</sup>.

FERNANDO AINSA  
212, Rue Vaugirard  
PARIS-75015

---

<sup>15</sup> La «carga utópica del siglo XVI es estudiada en detalle por JOSÉ ANTONIO MARAVALL en *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* (siglo XXI de España, Madrid, 1982).

<sup>16</sup> ARTURO ANDRÉS ROIG, en *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (pág. 183, FCF, México, 1981), reivindica los estudios del «saber de conjetura» entre los que incluye la utopía como «discurso liberador». Coincide con Horacio Cerrutti Guldberg en que América, que «comenzó siendo una utopía para otros» va elaborando utopías «para sí» en lo que puede ser pleno ejercicio del «derecho de nuestra utopía».

<sup>17</sup> En «Notas para un estudio de la función de la utopía en la historia de América Latina» (Anuario estudios Latinoamericanos núm. 16, *Latino América*, publicación del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, págs. 93-115, México, 1983), por Fernando Ainsa, he desarrollado el distinguo entre utopía y función utópica en relación a cinco momentos particulares de la historia americana.

Un nozco en un momento

¡Que agonía tan larga!

~~¡Hace tanto tiempo que no he podido producir!~~

¡Hace tanto tiempo que soy <sup>un</sup> ~~hombre~~ <sup>que</sup> ~~un~~ moribundo!

Moribundo eterno soy que razona y que delira.

~~¡Dado son de un momento~~

~~Voy y voy en un jade perpetuo de la razón al delirio~~

~~¡Que agonía tan larga!~~

~~¡Todo es como a golpes!~~

¡Que grande es mi lecho de muerte!

¡Tú centro es mi lecho de muerte---

el mundo exterior es mi lecho de muerte---

-Todo es un gran lecho de muerte---

Un suspiro alado y profundo que se eleva y que se  
hunde y no se acaba nunca

En que instante,

~~en que instante~~, en que instante surge

~~en que instante~~, en que lecho

en que ala del viento

en que segundos se me irá la luz para siempre?

¡O la vida es este parpadear sin tregua entre las  
tinieblas y el resplandor.

~~¡O este balanceo movido por el viento entre el agua  
y la sed!~~